



La traducción

El sonido de las teclas de la máquina de escribir cesó por un momento y fue interrumpido por el sonoro bostezo que salió de la boca de Esther. Estaba cansada, había trabajado desde la mañana casi sin parar y descubrió, para su sorpresa, que su estómago le reclamaba algún tipo de alimento. Miró por la ventana del balcón francés de su pequeño departamento buscando alguna señal de vida, pero a esa hora ningún taxi ni peatón se atrevía a sacar la nariz ni para pasear al perro. El departamento estaba vacío; no de muebles ni de cosas, claro, porque algo había logrado rescatar en la separación. El resto, unas pocas cosas infaltables, lo había comprado con el magro adelanto del libro que estaba traduciendo. El departamento estaba vacío de recuerdos, de sueños, de vidas pasadas. Como si nunca nadie hubiera vivido allí.

Esther refregó las manos contra los ojos, exhausta de tanto pensar en dos idiomas, y se levantó para hacerse un café. Era tarde, las diez de la noche, y todavía le quedaban diez páginas para terminar la cuota del día si quería cumplir con el plazo estipulado de entrega. Calculó que terminaría pasada la medianoche, y debía hacerlo, no tenía otra opción si quería llegar a cobrar el libro completo. Había sido todo un escándalo cuando decidió irse de la casa, abandonar al esposo, no criar a los hijos, alquilar un lugar para ella sola, ¡trabajar tan solo! Pero no le importaba porque por primera vez en la vida era feliz. Estaba agotada, pero era feliz.

En la cocina diminuta estaba Esther pensando todo esto cuando escuchó el sonido de las teclas. Al principio creyó que era su imaginación, producto del cansancio extremo de una jornada laboral demasiado larga. Pero el *¡tá! ¡tá! ¡tá!* de cada tecla golpeando contra el papel había resonado en la inmensidad de la noche como truenos anunciando una tormenta. Sin embargo, cuando volvió al escritorio y se sentó, café negro en mano, frente a su Olivetti, no había nada extraño allí.

Dio un sorbo al café e hizo una mueca de asco; se había olvidado de ponerle azúcar. Procuró tomárselo igual para no interrumpir su concentración y continuó traduciendo un buen rato. Sin embargo, el cuerpo aguanta hasta cierto punto, y cuando se hizo la medianoche, Esther se levantó para prepararse otro café.



¡Tá! ¡tá, tá, tá! ¡tá! escuchó. Por unos segundos, se quedó inmóvil en la cocina, porque el sonido que provenía de su escritorio la sobresaltó. Se asomó y no vio a nadie. Salió de la cocina hablando sola y recordándose que estaba siendo influenciada por el libro que estaba traduciendo, sin lugar a dudas, la primera novela de terror de un autor inglés, y que su fatigado cerebro le estaba jugando una mala pasada.

Se acomodó frente a su máquina de escribir y puso una nueva hoja. Dio un trago al café, pero nuevamente no tenía azúcar. Regresó a la cocina, fastidiada, y aprovechó para buscar algo un poco más sólido para acompañar al café. De nuevo escuchó el *¡tá! ¡tá, tá! ¡tá! ¡tá! ¡tá! ¡tá!* y la azucarera se le resbaló de las manos y fue a estrellarse contra el piso. “Pero si seré tonta”, pensó mientras barría los restos, “seguro se viene una tormenta”. No obstante, cuando retornó a su escritorio contempló que el cielo estaba completamente descubierta... lo que no estaba despejado era la hoja en blanco sobre la vieja Olivetti:

help me

Cátedra: Redacción en español, del Traductorado de Inglés, turno tarde

Autora: Delfina N. Moreno